

A black and white profile photograph of an elderly woman with short, light-colored hair. She is looking towards the left of the frame. Her face shows signs of age with wrinkles and a thoughtful expression. She is wearing a dark, patterned earring and a necklace with small beads. The background is dark and out of focus.

Ana María Matute

Entrevistada por Ángeles González-Sinde · fotografía de Alberto Gamazo

Tiene 87 años. Le gusta construir miniaturas. Es amiga de lo pequeño, tanto como de lo gigantesco, porque le atrae lo que está fuera de escala, de norma y sigue siendo reconocible. Podría haber sido carpintera, pero también ilustradora. Le gusta el olor de la viruta de madera tanto como el del papel o los lápices. Dice que no, pero es mañosa. Dice que no, pero es ordenada. Dice que no, pero es feminista, lo que ocurre es que no necesita teorizar acerca de ello, porque simplemente lo practica: ha vivido y ha creado siempre en igualdad, aunque a veces lo haya pagado caro. Cuando era muy joven en Barcelona, sus amigos, siempre mayores que ella, siempre varones, la apodaron el Pequeño Cosaco debido a su capacidad para aguantar el alcohol. Me parece un título mucho más digno e ingenioso que ese otro tan cursi de «niña grande, niña de cabellos blancos» que tantas veces le colocan. No es ninguna niña.

ES UNA MUJER DE ARMAS TOMAR EN PERMANENTE CONEXIÓN CON LA CAPACIDAD HUMANA para la interpretación de la realidad mediante la fantasía. Una mujer consecuente que jamás ha escrito sobre sí misma, aunque no tenga reserva alguna para explicar su vida incluyendo las etapas que hayan podido ser oscuras. Es Ana María Matute, escritora desde los cinco años por decisión propia y de sus numerosísimos lectores.

Escribo en mi cuarto de dormir. Es donde me gusta escribir, donde duermo, como un círculo que se cierra. Mira, tengo la reproducción de mi habitación en miniatura ahí encima de la mesa. Una amiga me la ha hecho. Tiene luces y todo. Y todos mis dibujos en pequeño: los de *Olvidado rey Gudú*, el unicornio de *Paraíso inhabitado*... Me encantan las miniaturas. Yo he hecho cantidad de ellas, pueblos enteros... Cuando vivía en Sitges me hice muy amiga del carpintero que vivía enfrente, bajaba a desayunar con él y le decía «todos estos restos de madera, dámelos». Y mi marido, el bueno, me decía «¡esta casa se va a convertir en el vertedero municipal!».

Matute siempre subraya esa distinción entre sus dos maridos: el segundo, el bueno, y el primero, el malo. Me gusta mucho la carpintería, he hecho muebles y todo, pero no soy mañosa, soy ilusa, que no es lo mismo. Muy ilusa. No te puedes imaginar las cosas que se ven entre los recortes de madera de un carpintero: hay escaleras, hay puentes, hay tejados... Yo los cogía, y limando por aquí y por allá, los pegaba, les ponía cristallitos. Y cada vez que se rompía algo en casa, en lugar de entristecerme me alegraba: ¡un cristal de verdad! Y les ponía luz por detrás. Entonces venían los niños del pueblo corriendo y las madres decían «los niños han dejado la televisión, estarán en casa de la Matute». Construyendo miniaturas te creas un mundo tú también. Además de los tres o cuatro que ya tienes... (se ríe) Pero me gustan los contrastes, porque también me fascina lo enorme. Por ejemplo, en mi taller tenía un destornillador así, minúsculo, y otro así, gigante. Pero mi hijo un día me dijo «¡todos esos trastos, no puede ser...!». Y ya no tengo taller, está todo metido en una caseta en la terraza. Ahora tengo que pedir permiso. Antes hacía lo que me daba la gana. Ya no me dejan.

«Ojalá me pase eso a mí, que mi próxima novela sea mejor que las anteriores. Uno siempre quiere que su mejor libro sea el siguiente».

¿Esa parte de la vejez diría usted que se asemeja a la infancia, porque vuelve la asistencia, la vigilancia, y uno vuelve a ser dependiente?

Es por la salud, porque camino con mucha dificultad. Nada más.

Pero lleva una vida muy activa...

Sí, porque lo peor es apamplarse. Otra en mi lugar no caminaría, pero yo camino.

Entonces sigue usted el consejo de Oscar de la Renta, que una vez en Nueva York me dijo *to rest is to rust*: descansar es oxidarse.

Tenía muchísima razón. En esta profesión no te jubilas más que cuando quieres. Hay algunos escritores que han escrito cosas increíbles con más de noventa años. Ojalá me pase eso a mí, que mi próxima novela sea mejor que las anteriores. Uno siempre quiere que su mejor libro sea el siguiente...

¿La vejez le llegó de sorpresa? ¿Era como se la imaginaba?

Ah, ¿pero ha llegado? (se ríe) Siempre la he tenido asumida, pero ¿sabes lo que pasa? Que mi vejez siempre ha sido externa, de salud; mis sentimientos y mi mente se han quedado en los cuarenta años, los treinta, los veinte incluso. No me acuerdo más que cuando me duele o me doy cuenta de que no puedo andar o tengo vértigos.

¿Sigue usted dibujando?

Sí, pero para mí. Los personajes de las novelas los dibujo, unas veces mejor y otras peor.

¿Conserva sus dibujos?

Algunos. Mira, este por ejemplo es Pablito (señala un pequeño retrato enmarcado de su hijo con ocho años) cuando estaba separada de él y me pasaba el día dibujándolo. El papel está tan arrugadito de los besos que le daba. Estuve separada de él dos años y pico, casi tres. Lo veía una vez a la semana, pero no por ley, no había ninguna ley que estableciera el derecho de visita de una madre separada, sino porque mi suegra era muy buena persona. Siempre la recuerdo con enorme cariño. No era como su hijo.

Se casó muy joven con otro escritor.

Bueno, un escritor... de palabra. Si le escuchabas hablar parecía que era Dostoievski. O eso se creía. Era

un gran seductor. Y yo más tonta que tonta. Una niña de una casa burguesa que no tenía ni idea de nada. Me las daba de enterada y resuelta, y sí, para mi ambiente era muy echada para adelante, pero en realidad era una ingenua. Nos fuimos a Madrid y aquel Madrid que yo recordaba tan bonito y tan confortable de cuando era niña y viajaba con mis padres, se vino abajo. Se sustituyó por el Café Gijón. Yo no tengo ninguna buena memoria del ese café diga lo que diga por ahí la gente. Me parecía una cutrez tremenda.

Empezó de niña escribiendo cuentos ilustrados para sus cuatro hermanos, incluso hacía una revista semanal muy elaborada para ellos, Shibyl. ¿Siempre tuvo una conciencia muy clara de dirigirse a unos lectores?

No. Yo escribía porque era para mí necesario, y ¿a quién llegaba? ¡Al primero que se dejaba! En este caso mis hermanos. Escribía y dibujaba. El ilustrador en el que yo me inspiraba de niña para hacer mis revistas era Arthur Rackham, que había ilustrado una recopilación de cuentos de Andersen que yo tenía. Y además de la revista, escribí una novela sobre la Revolución francesa ¡con ilustraciones! Unas guillotinas dibujaba...

Le he oído contar que para usted fue una sorpresa cuando su madre le entregó al casarse una caja con todos sus cuentos de niña, cuentos que usted creía perdidos, que pensaba que no le habían interesado y sin embargo ella había conservado.

Mi madre era muy severa, muy castellana, así como mi padre era muy mediterráneo. ¿Tu conoces la anécdota del macho cabrío? En Mansilla, el pueblo de mis abuelos en La Rioja, un día en el bosque me topé con un macho cabrío tremendo y, aterrada, volví corriendo a casa y le dije a mi madre: «¡Mamá, he visto al demonio!». Y mi madre, por toda respuesta, dijo: «¿Tú? No me extraña». En un sentido éramos niños muy mimados, muy protegidos. Y luego lo he lamentado mucho. Me casé y no sabía hacer nada. Los primeros meses de casados habíamos estado viviendo en casa de mis padres en Barcelona, pero luego nos fuimos a Madrid y la primera noche que salimos, mi sorpresa fue que al volver a casa nadie nos había hecho las camas. Y más que eso noté... Noté mucho más.



La vida doméstica es difícilmente compatible con la vida de escritora.

Es muy difícil. Y si teníamos alguna asistenta, al poco se tenía que ir porque no había para pagarla.

¿Su primer marido era exigente?

Mi marido era un sinvergüenza. Era muy exigente, sí, porque a su vez él había sido un niño mimado.

A pesar de esas dificultades en su matrimonio al inicio de su carrera, no paraba de escribir, era prolífica.

A la fuerza ahorcan. Tenía que mantenerme. Pero sobre todo escribía porque es mi vida.

Escribía en revistas para mujeres como *Garbo*.

Más bien era una revista para la familia. No había muchas más alternativas, apenas era más que una hoja parroquial. ¿Y tú sabes lo que es escribir un cuento cada semana? Yo les estoy muy agradecida. Hay que entregar y hay que cobrar, que era lo que más me interesaba. Era la época en que yo estaba con el niño sola.

Da la impresión de que ha sido una escritora que siempre ha tenido trabajo y premios, como el *Planeta* que ganó en 1954 con *Pequeño teatro*, o el de la *Crítica* en 1958 y el *Nacional del Literatura* en 1959 por *Los hijos muertos*, el *Nadal* en 1959 por

«Siempre me acordaré de que estaba mi hijo con la difteria y yo tenía deudas las que quieras, además del gasto del día a día, y cuando ya voy a la editorial a cobrar un libro, la censura se lo había cargado».

Primera memoria, por mencionar solo algunos. Pero, a pesar de todo, ¿fue ese un período difícil profesionalmente?

Bueno, hay que tener en cuenta que después de haber trabajado siempre venía la censura detrás. *Pequeño teatro*, por ejemplo, tardó ocho años en publicarse. Otras novelas las tuve que rehacer enteras porque las habían dejado imposibles. Siempre me acordaré de que estaba mi hijo con la difteria y yo tenía deudas las que quieras, además del gasto del día a día, y cuando ya voy a la editorial a cobrar un libro, la censura se lo había cargado. Y así una vez y otra vez. La Matute lo ha pasado muy mal... Pero también muy bien.

Desde fuera se diría que es usted una mujer muy valiente.

Eso nos pasa mucho a los cobardicas, que parecemos valientes, porque por cobarde haces cosas inesperadas para no morirte de miedo. Nunca he sido valiente, ni de niña. Los miedos que he pasado yo de niña...

Pero tuvo mucho coraje para dejar a su primer marido. En la España de los años cincuenta no era común y menos en su clase social. Implicaba riesgos y consecuencias, como perder la patria potestad de los hijos. Las mujeres carecían de todo derecho, incluso de tener pasaporte o una cuenta de banco a su nombre, a pesar de ser usted quien sostenía económicamente la familia.

Ese es uno de los actos de valentía de los que yo misma me sorprende. Porque entonces estaba muy mal visto. Mi misma familia, que no lo podía ver, con toda la razón, sin embargo no aprobaba que yo me separara. Un día me crucé con un primo mío por la calle y no me devolvió el saludo, por ejemplo. Porque además de haberme separado, vivía en el pecado. Y ser feliz era imperdonable para aquella gente de cara de limón exprimido.

También fue valiente cuando a los dieciocho años, con su primera novela escrita en un cuaderno, *Pequeño teatro*, se plantó en la editorial *Destino* y pidió ver al director.

No he sido valiente, he sido audaz, que es diferente. En ese sentido he hecho cosas como irme a Estados

Unidos, a Bloomington, Indiana, sola con mi hijo de once años a dar clase, que hay que estar loca de remate, porque no tenía ninguna experiencia como profesora. ¡Ni como alumna! No había ido a la universidad, mis padres no me dejaron. No la había visto más que por fuera. Sabía de la universidad lo que mis hermanos y mis amigos me habían contado. Tenía muchos amigos masculinos, no había muchas chicas como yo en esa época. Y con todo ese bagaje «cultural» (lo dice con sorna y se ríe) me fui a dar clase de literatura española a la Universidad de Indiana. Pero porque me invitaron, a mí sola no se me hubiera ocurrido.

¿Qué le pareció Estados Unidos?

Estuve dos años y pico en esa universidad. Todavía hay alumnos que me escriben. En Estados Unidos al principio me sentía una extraterrestre. Era tan diferente, sobre todo en esa época, los primeros sesenta. Ahora ya no hay tanta diferencia, pero entonces era diferente en todo, hasta en los más pequeños detalles. Cuando volví un amigo se quedó muy sorprendido porque me preguntó «¿qué te ha parecido Europa a la vuelta?», y yo le contesté muy rápido, casi sin pensarlo, porque siempre he sido una insensata: «Sucia y pequeña». Él se quedó asombradísimo porque pensó que le iba a contestar «he echado tanto de menos la catedral de Reims». Y sí, Europa la llevas dentro, pero fue bajarme del avión y en el aeropuerto del Prat empiezas a ver aquellos jardines tan mal cuidados. No mal cuidados, tan descuidados. Polvo, suciedad... Porque entonces no era como ahora. Ahora El Prat es un palacio.

No tenía experiencia docente, pero de literatura española iba bien provista. Era una autora publicada, premiada y muy leída.

Los chicos estaban encantados conmigo. Yo les decía «no soy profesora». Pero a ellos no les importaba, querían un escritor, alguien que supiera del oficio. Y supongamos que quizá yo sabía algo. Entonces les decía a los alumnos «no sé hacer eso que hacen vuestros profesores y que es tan importante: enseñaros a acercaros a la literatura, a comprenderla. Yo soy la literatura». Mira que decir eso...

«Sufrió mucho. No podía escribir. Las depresiones son terribles. No me interesaba nada, no me importaba nada, a mí que tenía curiosidad por todo y la sigo teniendo».

¿Y hablaba inglés?

Chapurreaba. Mi hijo aprendió enseguida y cuando le regañaba me decía «¿Ah, sí? ¡Pues ahora no te traduciré en las tiendas!».

¿Cómo se organizaba una mujer sola con un niño?

Me trataron muy bien, se preocuparon mucho por mí. Para empezar me proporcionaron una casa muy cerca de la universidad, me venía a buscar siempre alguien con un coche...

¿Y el padre de su hijo no le puso problemas para llevarse al niño al extranjero?

No se enteró. Se enteró después por una carta que le envié a su madre. Si lo hubiera sabido hubiera venido al puerto a impedirlo. Nos fuimos en barco, en un transatlántico italiano muy bonito. Tenía de todo, piscina, cine, bares a montones, cosa que me interesaba mucho ya entonces (se ríe). Tenía fiestas a bordo, casino, aunque yo nunca entré porque nunca me ha atraído el juego. El pasaje lo pagaba la fundación que me dio la beca.

Después de esos dos años volvió a esa España sucia y pequeña.

Y me encontré con alguien que no era ni sucio ni pequeño... Mi segundo marido, el bueno.

En la miniatura de su cuarto de dormir, de soñar y de escribir hay una reproducción muy chiquitita de otra foto que me gusta mucho, porque sé que es muy real: la Matute ante la máquina de escribir con su hijo Juan Pablo sentado en su regazo. Le pregunto si no ha echado de menos algunas veces, como he escuchado decir jocosamente a alguna escritora, tener «una esposa», que es lo que principalmente diferencia a los escritores varones de las escritoras mujeres.

Eso es verdad. Una esposa que además lo adora, lo venera, lo admira... Yo he tenido que cargar con todo. Sí, muchas veces he echado de menos esa figura de apoyo. ¿Y sabes en quién lo encuentro ahora? En mi nuera. También en mi hijo, pero más en ella.

Me gusta mucho esa foto que les hizo Colita a Ana María Moix, Esther Tusquets y a usted en

el balcón de su casa de Sitges, una de las muchas veces que las invitaba a comer. Dice la Moix que cocinaba usted muy bien.

Sí. Hacíamos comidas medievales porque yo empezaba con *Rey Gudú* y todo lo medieval me interesaba. Hacía unas piernas de cerdo asadas tremendas, yo me veía ya en el castillo...

Entonces es usted una mujer de buenas amigas, aunque las haya encontrado más en la madurez que en la juventud.

Es que cuando yo era niña iba primero a un colegio de monjas, luego a uno muy pijo y con las otras niñas no me llevaba. Y de joven las otras chicas eran tan diferentes a mí... Cuando luego ya he conocido a Ana María Moix o Esther Tusquets o Juana Salabert o Carmen Martín Gaité y otras, aunque ellas fueran más jóvenes que yo, mi mentalidad y la de ellas estaban al mismo nivel.

Hábleme de *La verdadera historia de la Bella Durmiente*. ¿Cómo se le ocurrió volver a contar el cuento?

Porque me molesta muchísimo que cojan cuentos tradicionales que no fueron pensados para niños y los hagan trizas volviéndolos políticamente correctos. *La Bella Durmiente* generalmente termina cuando el príncipe viene y se la lleva. Y no, esa apenas es la primera parte de la historia que recoge Perrault. La buena, la sustanciosa, es la segunda parte, cuando ella llega al reino del príncipe y se encuentra con la suegra, que no es que sea una mala suegra, es que es una ogresa que quiere devorar a sus niños, en un sentido literal. Pero en otro sentido metafórico la suegra es la vida. Porque la vida no acaba cuando te casas, como en las novelas. Además el príncipe se marcha a la guerra durante años y ella tiene que enfrentarse a todas esas dificultades de la vida por su cuenta. Y todos los elementos tienen un significado tan claro y tan rico que quizá por eso, de todos los cuentos, *La Bella Durmiente* sea el que prefiero, así como odio la *Caperucita*.

¿Por qué no le gusta *Caperucita*?

(Contesta rauda, sin dudarle un instante) Porque es idiota. Porque una se puede acostar con el lobo, pero



no confundirlo con su abuelita. Es lo que yo digo siempre: las mujeres no somos tan tontas. Cuando nos acostamos con lobos sabemos que nos acostamos con lobos. Después «ay, ay, qué tonta fui», pero nos acostamos con el lobo y lo sabemos. No tiene que venir un leñador y ayudarnos y sacarnos de la panza del lobo. No.

¿Qué le parece el boom del último año de la literatura erótica escrita por mujeres para mujeres? ¿Conoce *Cincuenta sombras de Grey*?

No entro en eso. No me interesa. No lo he leído. A mí todo lo que sea especificarse, como la literatura erótica, no me interesa. Solamente la novela negra. El resto de los cartelitos me quitan las ganas de leer. Como el cartelito de feminista, me molesta. A lo mejor soy más feminista que otros, pero no quiero el cartelito.

Desde luego que lo es. Lo explica muy bien Lucía Etxebarria en ese reportaje de TVE al que usted aludía. Ella dice que, aunque usted no se reconozca como feminista, siempre ha reclamado sus derechos, ha luchado por ellos y que por eso no solo es una referencia como escritora, sino como persona, como ejemplo de vida para otras mujeres.

Es que soy mujer. No hay que confundir. Muy mujer, pero no quiero ningún -ismo.

Hábleme de su relación con otra mujer importante que no es ninguna *Caperucita*, su agente, Carmen Balcells. La conocí mucho antes de que fuera mi agente, era muy

guapa. Excepto muy al principio, jamás he ido detrás de un editor, ni de aquí, ni del extranjero, porque siempre me han pedido los libros y yo pensaba, ¿para qué necesito un agente? Pero luego me di cuenta de que no se trataba solo de eso, de que cualquier agente es importante para un escritor, pero Carmen Balcells más. Siempre se ha portado estupendamente conmigo y se sigue portando.

Este número de *Jot Down* está dedicado al siglo XIX, que en parte es el siglo del despertar de las bellas durmientes, las mujeres: como sufragistas, como personajes de novela, del teatro, como escritoras, como consumidoras en los primeros grandes almacenes, como trabajadoras en las primeras fábricas y talleres, y también como primeras usuarias del psicoanálisis, entre otras muchas cosas. Me preguntaba si usted alguna vez, en los momentos de mayor dificultad en su vida, ha recurrido a la terapia.

Sí. Hubo un momento en que sufrí una depresión tremenda, cuando abandoné la escritura de *Olvidado rey Gudú*. Sufrí mucho. No podía escribir. Las depresiones son terribles. No me interesaba nada, no me importaba nada, a mí que tenía curiosidad por todo y la sigo teniendo. En aquellos años era como un trozo de carne, como un filete.

¿Cómo superó la depresión?

Gracias a un médico maravilloso que me dijo: «Yo no curo locos, los locos no se curan y tú no tienes una enfermedad mental, tienes problemas. Tú y yo vamos a hablar». Y mira, hablando, lo que no había hecho nunca o casi nunca, salí

«Estar con mis libros, mis lápices... Cuando me levanto por la mañana y veo la mesa con la máquina, los folios, ay... me da vida».

adelante. Había gente de las tertulias del Café Gijón que nunca habían oído mi voz. Claro, que a mi lado tenía una máquina de hablar (se refiere a su primer marido, el malo). Mi médico me decía «es que la vida pasa factura» y hablando con calma salió todo.

¿Volvió a escribir?

Todavía tardé un tiempo.

Cuando aún no había superado el bache, Ana María inesperadamente perdió a su marido. Mientras le esperaba en casa el día de su cumpleaños para salir a celebrarlo juntos, él falleció fulminado por un aneurisma. Viuda y sin escribir nada desde hacía muchos años, la Matute prácticamente había sido olvidada porque, como dice su amiga Ana María Moix, si dejas de publicar, dejas de existir.

La que fue fundamental es Carmen Balcells, que me forzó a terminar *Olvidado rey Gudú*. Me dijo «te secuestro». Me puso una suite en su casa, estuve muy bien tratada, tenía una secretaria para mí sola que pasaba a limpio lo que escribía. Entonces sí que me llevé mi máquina, aunque algunos capítulos me acuerdo que se los dicté. Entre Carmen y el médico me salvaron la vida y retomé el oficio. Si es que este es un oficio, que no lo sé.

Claro que es un oficio. Es un oficio tan bueno como el de carpintero.

¡Y huele igual de bien! Me encanta por igual entrar en una carpintería como en una biblioteca. Al fin y al cabo el papel viene de la madera...

¿Qué otras cosas le gustan en la vida?

Me gusta mucho viajar. Me apasiona por ejemplo Nueva York, donde he vivido algunas veces. Y París, mi marido el bueno era de allí. Me ha gustado viajar y conocer gente. Aunque me da mucha pereza hacer la maleta.

¿Prefiere Barcelona o Madrid?

Cada cual a su estilo. Antes me gustaba más Barcelona, pero ahora he descubierto Madrid. De Madrid tenía una idea muy bonita de cuando era niña y viajaba con mis padres, y luego se me cayó cuando me fui de recién casada, en la época gijonense como yo la llamo. Pero ahora me he vuelto a reencontrar.

¿Y respecto a la posibilidad de independencia de Cataluña, qué opina?

Yo no hablo de esas cosas. No me interesa nada.

¿Hablaban catalán en su casa?

Mi padre nos hablaba en catalán para que lo supiéramos, pero la lengua de casa era el castellano, por eso escribo en castellano. Y en mi colegio las monjas para empezar eran francesas y segundo eran tontas.

¿En los viajes se suele llevar la máquina de escribir?

No. Solo una vez que me iba para más de un año.

¿Tiene manías o rituales antes de ponerse a trabajar, como otros escritores?

No quiero puertas a la espalda. Y manías... estar sola, que nadie entre en la habitación. Estar con mis libros, mis lápices... Cuando me levanto por la mañana y veo la mesa con la máquina, los folios, ay... (suspira) me da vida.

Entonces está usted escribiendo.

Ahora sí.

¿Es disciplinada? ¿Tiene una rutina?

No.

¿Es rápida escribiendo?

Depende. Por ejemplo, *Fiesta al Noroeste* la escribí en una semana.

¿La tenía muy pensada?

Todas las tenía muy pensadas. Nunca me he sentado a la máquina a ver qué sale. En eso he sido muy cobarde. O muy prudente.

¿No sería menos trabajoso ahora escribir en un ordenador?

No creo. Yo no corrijo mientras escribo, corrijo después a mano sobre lo mecanografiado. Y en la oficina de Carmen Balcells me lo pasan todo a limpio.

También ha escrito usted para niños.

Ahora van a salir todos mis cuentos infantiles en Destino y me ha costado encontrar ilustrador, porque cómo se cultiva el feísmo hoy en día... Les ha dado por hacer monigotes y a los niños no les gustan, los niños tienen muy mal gusto, como yo. Al final he encontrado uno fenomenal.

¿Tan bueno como Arthur Rackham?

Para mí Arthur Rackham era un genio. Empecé a escribir porque había visto sus ilustraciones.





¿Ha llevado usted un diario, es de ese tipo de escritores?

No. Solo una vez a los diecisiete años, porque me lo regalaron, pero lo perdí cuando iba por la mitad. Y cualquiera lo reclamaba. Qué vergüenza me daba. Todos mis novios estaban allí. No hablaba más que de mis novios.

¿Es usted muy de novios?

Era, era (se ríe). Ahora ya, hija... Ni de fantasmas. Pero lo era, sí, tenía éxito. Las había mucho más guapas que yo, pero tenía éxito y me gustaba jugar.

¿Hemos avanzado mucho las mujeres desde entonces?

Ya lo creo. Es otro mundo. Incluso como escritoras, porque las mujeres cuando yo empecé se enfrentaban a la literatura de otra manera. No tiene comparación. Ser escritora entonces en España no tiene nada que ver con ser escritora hoy día. Primero había que ser una mujer muy des preocupada, que no te importara nada lo que dijera la gente. Porque generalmente pertenecíamos a la clase burguesa o la pequeña burguesía y, claro, para esa gente tan pacata ser escritora era una cosa muy rara. Y ellas se enfrentaban a la literatura después de haber leído sobre todo novela rosa. No sé explicarlo de otra manera, no tenían un gran bagaje. Entre otras cosas porque aquí también estaba prohibido leer. Yo leía gracias a un amigo que era extranjero y en la valija diplomática su padre le traía libros que me prestaba. Leí a Sartre antes que nadie aquí, era una cría. Esas otras chicas no. Y para ellas todo eran experiencias personales, pero una vez que habían escrito sobre esas experiencias personales, que a lo mejor eran muy interesantes, ya no podían escribir de otra cosa, no creaban. Yo nunca he escrito nada autobiográfico, siempre he inventado mundos, gentes.

Solo muy vagamente en *Paraíso inhabitado* hay alguna referencia a su infancia.

Hay cosas, sí, recuerdos transformados.

Por ejemplo ese momento en el que la niña protagonista parte un terrón de azúcar en un cuarto en penumbra, se produce una chispa azul y la niña llega inmediatamente a la misma conclusión que la niña que fue usted: «Yo soy una maga, porque escribo soy una maga».

Claro, porque al escribir creas mundos y personas y situaciones, historias. Transformas.

Una prueba del poder de los libros es lo que sucedió con esa flor que inventó, el «arzadú» y que tanta gente dio por buena, por una flor real.

Sí. Yo me quedé sorprendidísima. Hace poco voy a un colegio en Murcia al que le habían puesto mi nombre y me llevan a la sala de los pequeños, me dicen «ahora una sorpresa», corren una cortinita y veo «Sala Arzadú», con mi dibujo de la flor.

Eso debe de ser emocionante.

Sí, sí. Durante años me he hartado del hacer el dibujo.

Su literatura entonces ha sido más fruto de la invención y de la observación de las vidas ajenas que de la propia. Como sus relatos inspirados en los vecinos de Mansilla, el pueblo de La Rioja de donde era originaria su madre y donde usted pasó largas temporadas.

Lo que vives de niño no lo olvidas nunca. La infancia marca de una manera tremenda, por eso el pueblo de mi madre, Mansilla de la Sierra, y la Guerra Civil los llevaré siempre conmigo, quiera o no. Fueron para mí dos canteras, lo tenía que explicar a toda costa. El otro día viendo el reportaje sobre mí en televisión, volví a ver las fotos de esos niños de la posguerra y volví a sentir la misma indignación que sentía entonces. Era pequeña y ya me daba cuenta de lo injusto que era todo, me hacía preguntas y sentía la necesidad de dar forma a todo aquello que sentía por dentro. Veía a mis padres y a otros adultos y me decía «vosotros decís unas cosas, pero hacéis otras». Aunque mis padres eran buena gente, te advierto, eran excelentes personas.

Pero no heredó usted nada de su sentido religioso, porque ellos eran conservadores y católicos.

De pequeñita sí, como todos, pero luego durante muchos años fui atea. Ahora no, ahora no soy practicante, pero soy creyente a mi modo.

No me sorprende, porque en sus libros siempre hay latente una espiritualidad que muchas veces reside en la naturaleza, en el bosque.

Y una idea de Dios también, aunque la rechazara durante muchos años.

Dice usted eso de estallar o escribir y desde luego, si se puede elegir, es mejor escribir que estallar. Y quizá para no estallar, de niña tartamudeaba hasta que los bombardeos de la Guerra Civil le quitaron el tartamudeo.

Tartamudeaba sobre todo con mi madre. Oía «Ana María» y según cómo ella pronunciase mi nombre, empezaba yo a temblar.

Hábleme del cuarto oscuro donde los castigaban de pequeños en casa.

A mis hermanos no les gustaba. Lloraban y pataleaban, pero a mí en cambio me encantaba la oscuridad, la tranquilidad. ¡Por fin me dejaban en paz! Que es lo que más he querido toda mi vida.

Pero ser escritor, y más cuando se ganan premios importantes, lleva aparejada toda una parte social que usted lleva muy bien: los bolos, las entrevistas, la promoción, los viajes... Parece que lo maneja con entusiasmo.

A mí lo que me gusta es viajar y conocer gente, pero luego frecuentarla mucho no.

A usted le ha ido muy bien en su carrera, es una autora muy vendida y muy leída, pero también le he oído decir «hubiera tenido éxito o no, hubiera seguido escribiendo».

Sí, porque no se trata de escribir para mí, que eso no lo hace nadie, digan lo que digan, sino de, siempre con la esperanza de publicar, satisfacer un deseo muy grande. Yo no me siento nadie si no escribo. Soy porque escribo, si no, no sería nada. Así me siento. Me encuentro gente que me pregunta ¿to-

davía sigues escribiendo? No conciben que sea algo más que un *hobby*, que sea una necesidad y mucho menos un trabajo.

¿Qué supuso el Cervantes? ¿Un trabajo extra para el que hay que tener una salud de hierro como ha dicho algún otro premiado?

Yo lo he disfrutado mucho, me gusta mucho viajar y estar con gente. Incluso ahora con mi dificultad para moverme y mis vértigos, el lunes me marché encantada a Madrid a inaugurar una biblioteca que lleva mi nombre.

También ganó el Premio Planeta. ¿Es mejor el Planeta o el Cervantes?

(Se ríe) Ay... Cómo me preguntas eso...

En realidad los dos tienen contenido económico, cosa que los hace muy atractivos para un escritor. El Cervantes aunque diera poco dinero o no diera ninguno, es el Cervantes. El Planeta lo gané con *Pequeño teatro*. Era el tercer Planeta que se entregaba. En aquella época eran trescientas mil pesetas, que se pulieron enseguida en manos de don Ramón Eugenio de Goicoechea (su primer marido). Hizo maravillas. *Lo afirma con retranca y total ironía, como queriendo asegurar todo lo contrario.*

Sin embargo, a pesar de los premios, no se acostumbra usted a los actos protocolarios y ceremoniosos, como los discursos del Premio Cervantes o del ingreso en la Academia.

Qué angustia, qué pesadilla. Yo no soy de discursos. Soy de escribir en mi casita. El premio me hizo una ilusión bárbara, pero tenía la espinita del discurso. Si el Cervantes fuera sin discurso sería perfecto, pensaba yo. Y el de la Academia no veas. Me hizo sudar sangre y tinta.

¿Y no le imponía más el de la Academia que es, en el fondo, como un examen delante de todos aquellos señores tan mayores, tan sabios, tan serios y respetables?

Desde luego, si no hubiera prescindido de esa imagen y me hubiera imaginado que eran todos niños recién nacidos, no lo hubiera escrito.

No puedo evitar reírme imaginando a todos los académicos en pañales. Hoy es jueves y debe de haber sesión en la Real Academia. ¿Le gusta ser académica?

Hace mucho que no voy, aunque a Blecua lo he conocido de niño y es simpatiquísimo, y los compañeros son muy cariñosos.

Ana María hace una pequeña pausa en la que reflexiona. Ahora estoy muy contenta porque le han dado el Cervantes a Caballero Bonald. Yo lo quiero muchísimo. Cuando coincidíamos en casa de Cela leíamos juntos el *Pulgarcito*, que eran los tebeos de su hijo Camilín, y había un personaje de Ibáñez que siempre decía «¡Oh, qué lujo asiático!». Cuando me dieron a mí el Cervantes, Pepe me mandó un telegrama que

decía «¡Oh, qué lujo asiático!» y yo ahora he podido devolverle la felicitación.

Una pena que no vaya usted los jueves a la Academia, porque he escuchado a otros académicos decir que lo pasan bárbaro: debaten sobre los temas de lengua y literatura que les interesan y luego meriendan, toman pastas y whisky.

El whisky no lo tomaban hasta que llegué yo. Bueno, en realidad el que instituyó el whisky fue mi amigo Francisco Ayala, que dijo ¿qué es esto de tomar pastas y jerez? Aquí se trae whisky.

¿Diría usted que ha tenido una relación difícil con el alcohol? Cuando era jovencita la llamaban el Pequeño Cosaco.

Iba mucho con gente mayor cuando era joven y ahora que soy mayor voy con gente joven. La cuestión es llevar la contraria (se ríe). Pero no, para nada. Yo bebo porque me gusta. Ahora, por ejemplo, no bebo nada. Muy de vez en cuando un *gin-tonic*. Cuando era joven se bebía mucho más que ahora. Ahora yo veo que hay gente joven que se bebe dos copas y ya está bebida. Para mí dos copas era el prólogo. También es a lo que estés acostumbrado. Nunca he tenido problemas con el alcohol ni con drogas. No me he fumado un porro en mi vida, yo soy mi droga.

Le he oído decir que le preocupa la soledad como un mal en aumento en nuestros tiempos.

Sí, y ahora con todos estos dispositivos la vida se va a convertir en una especie de masturbación, mental incluso. Y por otra parte no estoy en contra de la tecnología. Estoy con el progreso, pero por otro lado perdemos cosas. Aunque en el fondo vivir es perder. Se ganan muchas cosas, pero se pierden muchas también. Escribir es una manera de retener. (Bromea en su buen francés) *À la recherche...*

Dice usted que los escritores son bastante celosos y que por eso prefiere no declarar públicamente cuáles son los escritores contemporáneos que le interesan, porque siempre se molesta alguno si no lo ha mencionado.

He tenido cada disgusto...

¿Es ahora la gente más competitiva que antes?

Sí, pero eso tiene una explicación quizá: Franco nos unió mucho. En cuanto desapareció Franco, desapareció el enemigo común. Ahora el que manda es Lara. *De pronto, casi cuando llegamos al final, repara en que el fotógrafo no ha parado de disparar en todo el tiempo. Aflora su coquetería.*

Pero... ¿me has estado haciendo fotos? ¡Con tanta gesticulación salgo fatal!

Me acompaña a la puerta, pero antes de salir volvemos a mirar la miniatura de su despacho-dormitorio. Me abre los armaritos del minúsculo escritorio: uno contiene una botellita de whisky y un vasito. Ana María se ríe, le divierte jugar y sabe hacerlo, incluso a los 87 sabe cómo seguir haciendo aquello que es esencial para que se dispare la máquina de inventar. Luego, con todo cuidado, me abre el cajoncito del escritorio: hay una foto de Paul Newman, bueno, una fotito de Paul Newmancito.

Me encanta Paul Newman, es el hombre más guapo que ha existido.

Confiesa esta mujer resiliente que es una falsa extrovertida, que parece que te cuenta, pero en realidad no expresa sus sentimientos y sus pensamientos más íntimos se los reserva. Tiene un buen relato que repite con generosidad en las entrevistas, que comparte con quien quiera escuchar, pero en el que tienes la sensación de que no puedes penetrar más allá. Porque, ese deseo de comunicación, esa mano que, según su definición, tiendes y alguien te coge, está plenamente colmado en sus libros, en las miles de páginas que ha escrito y en las que escribirá. ■■■

